

das, serias, debidamente preparadas, y que crean en Dios y en el progreso humano..., como cree V.

—Á pies juntillas— aseveró Moragas, deteniéndose un instante y mirando á la bahía, espectáculo cuya magia le parecía mayor en aquel instante.— De lo primero se me figura que no dudo jamás: de lo segundo, sólo me entran hormigueos y escozores al verme entre mucha gente como la de hoy.... Cánico, sobre todo, es un tipo.... Asusta pensar que ese hombre aspira á la magistratura.... ¿V. cree que no sería capaz de restablecer el tormento? ¡Como pudiese!

—¿Y qué tendría de extraño? Los tiempos del tormento están muy próximos; son de ayer..., ¡qué digo!, de hoy; esos procedimientos se emplean aún en muchos sitios, y si sacamos bien la cuenta, resulta que hay todavía más humanidad que admite el tormento, que humanidad que lo rechaza. El mundo no tiene hoy por hoy sino una cascarilla de civilización que puede levantarse con un alfiler, apareciendo debajo la barbarie primitiva. No hay que

impacientarse: resignarse, tener cuajo... y hacer lo que se pueda, que unas veces me parece poco y otras muchísimo... según el humor de que me encuentro y el punto de vista en que me coloco.

Hablando así, habían cruzado la parte de barga del malecón que costea el paseo, y se acercaban al punto donde asombran y obscurecen la superficie de la bahía muchas embarcaciones chicas, vacías, con el velamen arriado, cruzados los remos sobre la borda, inmóviles. Un fuerte y penetrante olor de yodo y algas subía del agua, y allá á lo lejos, los faroles del barrio de la Olmeda trazaban sobre la superficie deshechos rizos de luz. Sin darse cuenta de ello, nuestros paseantes tomaron la dirección del muelle de madera ó Espolón, que les tentaba, por ser en él á aquellas horas la soledad no ya relativa, sino absoluta. Adelantaron por el tablado cimbrador, siempre misteriosamente estremecido por la acción de las olas, aun en días de completa bonanza, como era aquél. Y se internaron, se internaron, cual si al avanzar por aquel camino que,

señalando la dirección del Océano, no conducía sino á una luz roja, adelantasen por el fatigoso y desierto *Via Crucis* del consabido progreso. Á uno y otro lado no tenían sino mar; la tablazón mal junta les dejaba ver bajo sus pies agua, agua sombría; á lo lejos distinguían la enorme mole de una fragata alemana, que había entrado en puerto haría cosa de hora y media, y al extremo del Espolón larguísimo, el mástil de la draga, que se erguía hacia el cielo, como afirmando lo que Moragas acababa de reconocer tan esplicitamente—Dios y el progreso humano.

Ya en la punta del Espolón, detuviéronse los dos interlocutores, y convidados por la apacible temperatura, se sentaron en una gruesa viga, con el rostro vuelto hacia la extensión del mar, del cual venía ese aire tónico y esa fresca estimulante que parecen disponer el alma á la lucha y al peligro. La sábana de agua, limitada hacia la derecha por gracioso anfiteatro de redondeadas montañas, extendíase sin término á la izquierda, y á pesar de su completa serenidad, no cesaba un instan-

te de exhalar ese quejido que recuerda el sordo rumor de una multitud humana, ó el bramido del viento al engolfarse en las selvas.

Moragas se volvió hacia Febrero, y en voz baja (aunque allí nadie pudiese oírles) le susurró:

—Para mí el crimen es... una dolencia, y el criminal, un enfermo. Y esa dolencia puede combatirse, y muchas veces curarse. Castigarse... ¿por qué? ¿Castiga V. al que tiene un cáncer, al que sufre de una úlcera?

—Ahí empezamos á diferir—respondió Febrero.—V. es, por lo que veo, correccionalista. Yo... ó voy más allá... ó me quedo más acá... No sé. Creo que hay un tipo humano que, por su organización, está dispuesto á ser criminal. No piense V. que supongo que ese hombre nace como un ser extraño, como una anomalía de la especie. Al contrario: es la humanidad la que en su origen fué criminal toda: cuanto más atrás vaya V., ayudado por los escasos datos científicos que ya poseemos, más verá al hombre de las épo-

cas primitivas ejerciendo como cosa corriente el homicidio, el robo, la violación, el canibalismo.... Los actos que más espantan hoy. Aún quedan en el globo ejemplares de lo que pudieron ser las colectividades primitivas, y son los salvajes de ciertas razas. ¿Que hacen los señores supervivientes de la edad de piedra? Comerse los unos á los otros, entregarse libremente al instinto más bestial.... Y lo que en los salvajes permanece en forma colectiva, en los países que llamamos civilizados se presenta como caso aislado.... pero se presenta.... y es á lo que damos el nombre de *criminal*, cuando realmente debía nombrarse un *aparecido*, un espectro de otra edad, un resucitado.... ó como se dice en lenguaje científico, un caso de *atavismo*, no porque en toda familia de criminal haya ascendientes criminales, sino por ser criminal toda la ascendencia del hombre.... Esto que le voy indicando á V., y que Cãamo llamaría *teorías infames*, no es sino una aplicación, al estudio de la antropología, de dos profundos dogmas cristianos: el de la *caí-*

da ó pecado original, y el de la *redención*.... Por eso á la obra redentora— aunque en mínima parte—podemos cooperar todos, grandes y chicos....

—Así lo he creído siempre—interrumpió con entusiasta alegría Moragas.—En mi esfera, lo he practicado mucho.... si quiera para compensar las ocasiones en que todos tenemos algo de humanidad primitiva.... que son, por mi parte, las sexuales.... ¡Á sangre fría, lo reconozco humildemente!....

Febrero sonrió de la sinceridad con que se expresaba el Doctor, muy notado, en sus tiempos, de afición á faldas

—Ya ve V.—prosiguió Febrero—que pensando yo así, no hay calumnia más risible que la de acusarme de defensor y amigo de los criminales.... Al oír y leer ciertas críticas que se hacen de los que queremos plantear el estudio y conocimiento racional del crimen, parece que nuestro propósito es santificar el grillete y elevar á los asesinos á la categoría de mártires. Yo estoy á cien leguas de ese sentimentalismo.... ¡Pero métaselo

V. en la cabeza á Cáñamo y comparsa!

—Algo de eso me pasa á mí—interrumpió Moragas.—Si no considero precisamente mártires á los criminales, confieso que tengo para ellos una indulgencia, una piedad especial...

—¡Ah!—exclamó el joven abogado.—Lo sé: no tenía V. que decírmelo. Vds., los que creen en el arrepentimiento, en la corrección y en la enmienda, proceden impulsados por el sentimiento; empapados en ciertas ideas profundamente cristianas, son Vds. *redentoristas*: para Vds. carece de valor el fenómeno de la reincidencia, que tanto nos da en qué pensar á nosotros. Pues mire V.: la sabiduría popular les desmiente á Vds.: «El lobo dejará los dientes, pero no las mientes. Quien malas mañas ha, tarde ó nunca las perderá. Genio y figura, hasta la sepultura....» ¡El sentimiento! No importa que V. sea todo un hombre de ciencia, ni que en los asuntos de su profesión esté habituado á aplicar plenamente el método experimental y positivo.... En esto del estudio del crimen, procede V. también por sentimiento, lo mis-

mo que Cáñamo.... ¡No se asuste! El necio de Cáñamo obedece al sentimiento; pero al sentimiento malo, inconfesable, indigno, del rencor, el miedo y la venganza. El criminal, para él, es un enemigo personal; el verdugo, un aliado y un defensor; el patíbulo, la piedra angular. ¿Quién lo duda? Cáñamo se inspira en la primitiva ley de la humanidad, que fué la del talión: ojo por ojo y diente por diente. Y así como todavía viven entre nosotros ejemplares de humanidad primitiva, todavía ese espíritu de venganza personal subsiste en los códigos. El origen de la idea de justicia es egoísta; empieza por el sentimiento de la propia defensa; en cuanto al concepto puro, desinteresado, moral, de justicia.... ese todavía está en estado de lo que los alemanes llaman *werden*. ¡La Humanidad es una persona colectiva que, con los siglos, va mejorándose y arreglándose.... y tal vez acabe por llegar á ser la gran persona!.... ¡Vea usted por donde yo también resulto *correcionalista*.... pero no del *individuo*, sino de la *especie*!

—¿De modo que V.... no condena en absoluto la pena capital, que á mí me parece una ignominia de la sociedad?—preguntó alarmado el Doctor.

—No la condeno en absoluto; no por cierto—confirmó el abogado con cierta solemnidad.—Lo que proscribo sin rebozo y á boca llena, es la pena de muerte como *represalias* y el concepto de *vin-dicta pública*. Eso me parece tan odioso y tan repugnante, que.... le voy á confesar á V. mi debilidad: á pesar del interés que debieran inspirarme esa clase de estudios, y la obligación que en cierto modo me he impuesto de practicarlos, los días anteriores á una ejecución, cuando principian á anunciarla los periódicos, me entra un desasosiego, una especie de cuartana de león, y tan perturbado me pongo, que tengo que marcharme al campo. Es una ridiculez, y yo desearía curarme de ella, porque realmente.... me conviene, nos conviene á los innovadores, en este terreno, y en todos, mucha sangre fría; la impasibilidad conquie Vds. los médicos amputan un miembro ó registran

un tejido.... Sí, créalo V.; el enemigo que principalmente necesitamos combatir es el sentimiento, los entes metafísicos que obstruyen el camino de la razón.... Necesitamos ser un témpano.... ¡un témpano que piensa!

—Yo creo, amigo Lucio—objetó Moragas—que en eso no la acierta V. Para todo hace falta ímpetu, calor y entusiasmo. La razón alumbra, pero sólo mueve la voluntad. La generación joven actual es fría, es demasiado morigerada, ve demasiado los inconvenientes de la propaganda, el ridículo, la calumnia, las contradicciones de todo género que sufren los que prueban á batir en algún terreno las cataratas del pensar. Los casi viejos—porque yo estoy mucho más cerca de los cincuenta que de los cuarenta—somos los únicos que conservamos el fuego sagrado. Aquí me tiene V. á mí, que lo que necesito es esforzarme en contener cierto quijotismo, eso que V. llama redentorismo, que me brota á cada instante, y que si no lo tuviese á raya, ¡qué sé yo! ¡Pues eso, eso, y no el hielo perenne

de la reflexión, es lo que se necesita para cooperar á la obra.... para poner el granito de arena....! Carecen Vds. de pasión....

—Puede ser.... No crea V. que no se me ha ocurrido.... —asintió Febrero.—Nuestra aspiración es puramente científica. Queremos suprimir esas concepciones morales que nos estorban. Queremos sustituir al estudio abstracto de la entidad *crimen*, el estudio concreto del sujeto *criminal*. Decimos como Vds. que no conocemos *enfermedades*, sino *enfermos*.... Fuera el ontologismo.... Al que el vulgo llama *hombre culpable*, nosotros le llamamos únicamente *hombre peligroso*.... Borrarnos la idea de *castigo*, y la reemplazamos con la de *método curativo*.... Cuando eliminemos, nuestra acción será análoga á la de Vds. cuando aplican una sangría suelta al hidrófobo.... Y si vemos medio de evitar esa sangría, crea V. que la evitaremos.

—¡Eso espero!—respondió Moragas calurosamente.—¡Busquen Vds., indaguen el modo—que debe de haberlo—para borrar de la frente de nuestra época ese horror

grotesco que se llama el cadalso, y para suprimir ese enigma social que se llama el verdugo!

Al decir esto, Moragas creía oír, en el clapoteo del agua contra los pies derechos y pilotes que sostenían el Espolón, la voz ronca de Juan Rojo y los ahogados gemidos de Telmo.

—Bien sabe V. que el cadalso no está en olor de santidad para nosotros,—respondió el joven letrado.—Tenemos mil razones para *despreciar*, literalmente despreciar, ese aparato de la justicia, tal cual hoy se ejerce. Observe V. el movimiento de las conciencias: estúdielo V. y note que uno de los pocos sentimientos medio evales que persisten y hasta aumentan, es el *odio al verdugo*. El verdugo es hoy más paria que en la Edad Media. Existe, indeterminada, pero enérgica, la convicción de que no es más que *un asesino pagado por la sociedad*. Y vamos.... raciocinando...., ¿qué más da quitar la vida diciendo «fallamos que debemos condenar y condenamos....», que dando vuelta á una palanca? Pues el caso

es que para el magistrado, respeto, y para el verdugo, reprobación. Note V. que en algunas naciones muy adelantadas, verbi gracia los Estados Unidos, se aspira sólo á quitar el verdugo, conservando la última pena. Ó se lincha, —lo cual revela un estado anárquico, pero franco y juvenil, en que todos juzgan y ejecutan, — ó se mata por la electricidad, en que el verdugo no existe. De todos modos, á mí no me horripila mucho más un verdugo auténtico, que esos sustentáculos del garrote, como Cáñamo...

—Según eso, ¿no recelaría V. entrar en relación con el oficial público—preguntó Moragas esperanzado—estudiarle, conocerle?...

—No lo recelaré en otro círculo más amplio. Aquí no, porque... mi reino no es de Marineda. Por lo demás, creo que el estudio del verdugo, que está por hacer, completaría el de los criminales. Todo verdugo es necesariamente un *caso*, una anomalía regresiva, una monstruosidad psicológica.—Su situación es muchísimo más extraña que la del criminal.—Pero

aquí... ¡qué diablos! Vale más no ver á semejante alimaña.—Á quien veremos, y nos reuniremos para verla, si V. quiere, es á la parricida de la Erbeda y á su compañero; no ahora, mientras dura el alboroto y la vocinglería de los primeros instantes, sino después, cuando haya sido fallada la causa; en fin, en alguno de esos períodos en que el público olvida al criminal en la cárcel. ¿Dice V. que esa mujer tiene aspecto dulce?

—Lo tiene;—afirmó Moragas—tanto lo tiene, que se quedará V. asombrado si la ve. Yo no puedo olvidar su aspecto. Necesito hacer un esfuerzo sobre mí mismo, para no erigirme en protector suyo. Amigo Febrero: dichoso V. para quien los objetos sensibles toman forma de ecuación ó de algoritmo. Aquí me tiene V. con medio siglo encima, con bastantes desengaños... y capaz todavía, por haber visto pasar á una mujer joven, modesta, atada y entre civiles... de ponerme completamente en ridículo.

—¡Pues cuidadito!—advirtió Lucio.— ¡Mire V. que eso quieren los Cáñamos!